

La niñez “discapacitada”: La amistad y la potencia de los cronopios

Cuando a un niño se lo nomina y se lo trata como un discapacitado (un down, un TGD, un síndrome, un parálítico, un maullido de gato, un Rett), ¿qué efectos tiene en él, en los otros, y en la familia? ¿Acaso puede ser un “cronopio”? Como plantea Orwell en el libro 1984, “quien controla el pasado, controla el futuro. Y quien controla el presente, controla el pasado.” Nominar a un niño como un diagnóstico, un síndrome, ¿no es determinarlo y pretender dominarlo? Todo deseo de poder desear abolir la dimensión subjetiva del otro.

C

La antigua terapeuta de Alejandro (8 años) comentaba, en su equipo de trabajo, que él había progresado mucho porque pese al síndrome “maullido de gato”, hacía menos maullidos. Ale no juega ni habla, ni tampoco se relaciona con otros niños.

Cristian, a los dos años, diagnosticado TGD no especificado, era considerado por todos como un discapacitado. Por su supuesta problemática se le hablaba distinto, se aplicaban técnicas específicas para cada área (motriz, verbal, sensitiva, auditiva) y se lo incluía en un jardín de infantes “común” con actividades diferentes y específicas que incluían una carga horaria diferencial dado su diagnóstico. A Cristian, el otro le resultaba indiferente.

Juan Carlos, de tres años. Por su problemática neurometabólica, no se esperaba mucho de él. Se le hablaba poco, nadie le jugaba, y sólo se lo cuidaba mucho para que no sienta dolor ni se lastime, y fundamentalmente para que se alimente de lo estrictamente indicado en la dieta. La institución a la cual concurría lo integraba, aunque no podía incluirlo con el resto de sus compañeros, porque siempre necesitaba cuidados diferenciados, lo cual lo mantenía alejado de otros chicos con los cuales no llegaba a relacionarse ni tenía, a pesar de llevar varios años concurriendo a esa institución, ningún amigo.

D

Estos niños, como muchos otros que presentan un estado corporal frágil, más vulnerable que el resto, o simplemente diferente por su estado de indefensión que remiten directamente a ser considerados excepcionales. Podríamos decir, sin exagerar, que son ubicados en una posición de extranjería con respecto a su propio (impropio) cuerpo, y a los otros. En efecto, soportan ser extranjeros a sí mismos, ya que se les impone e inculca una imagen del cuerpo en la cual, al reconocerse en ella, se desconocen como sujeto. Habitan un espacio que no es anónimo, pues tienen el nombre de la discapacidad o del diagnóstico que, como tal, es general e indiferenciado. Pertenecen a esa franja siniestra de estar incluidos como excluidos. En ese estado de excepción, (tan bien analizado por Giorgio Agamben.) como discapacitados,

muchas veces se transforman en un representante, en un perspicaz testigo de la falta en el Otro. Ya que cuestiona su imagen corporal. Esto último ocurre cuando un niño es integrado a un grupo pero no se habla ni se reflexiona sobre la problemática en cuestión.

El extraño, el “extranjero”, el diferente, en éstos casos no se define por la nacionalidad o porque hablan otra lengua o pertenecen a otra etnia, ni porque tengan un color de piel distinta, sino por el estado de indefensión, por la dificultad corporal que poseen, con la cual han nacido o la han adquirido sin elección posible. Ésta imposibilidad imposible define la excepcionalidad. Ser extranjeros en su propia-impropia morada: su cuerpo. Sin embargo, su vulnerabilidad corporal nos remite directamente a la propia, a la nuestra, a la de todo sujeto humano. En éste sentido, todos somos extranjeros, excepcionales, con relación a lo que no podemos asimilar, captar, de nosotros mismos. Cada uno tiene la propia impropia indefensión. Sin ella, la humanidad, como tal, no podría tener existencia. Es el malestar constitutivo que nos hace ser mortales lo que nos constituye como sujetos en la cultura, y nos permite ser lazo social sostenidos, siempre, en el otro. Cualquier legalidad, la ley de alianzas, no es sin el Otro (por el cual somos constituidos), y el otro (con quien nos relacionamos socialmente, culturalmente, siempre y cuando no seamos extranjeros a nuestra condición corporal).

E

Si un niño es discapacitado en su discapacidad, o diagnosticado en su diagnóstico (es decir extranjero, excepcional), ¿cómo puede constituirse y construir su imagen corporal para hacer lazo social con otros semejantes, o sea, para tener amigos? Muchos de los niños con los que trabajamos cotidianamente, paradójicamente están a condición de no estar. Hacen lo que se les demanda, cumplen la consigna, están “integrados” como se les exige. Hasta aprenden a costa de la promiscua repetición aquello que se les pide. ¿Pero ellos existen en ese pensamiento? ¿Pueden relacionarse con otros, amigos, para pensar juntos? ¿Comparten la posibilidad de imaginar y fantasear en la diferencia? ¿Crían la complicidad de la experiencia infantil, aquella que sólo se consigue en la exclusiva intimidad de lo grupal? Por el contrario, ¿qué sentido tiene un grupo cuando un niño es “extranjero”, y funciona como un extraño a él?

Cuando de la infancia se trata, la hospitalidad de una institución escolar o social nunca puede ser absoluta y determinada, siempre, previamente, sin considerar los múltiples factores que determinan al experiencia infantil, más allá de cualquier dificultad problemática pero que incluye, necesariamente, a ésta. Como hemos venido sosteniendo a lo largo de muchos años, no todo niño es integrable a una escolaridad “común” de modo general y uniforme. Es justamente ésta idea la que valoriza y defiende la necesidad de la escuela especial como verdadero acto de hospitalidad en aquellos niños (cronopios) que de otro modo están supuestamente incluidos, pero en su indefensión no terminan de integrarse. Permanecen como “intrusos”, extraños, extranjeros, a sus “propios-impropios” compañeros. ¿Es posible que un niño con

problemas en el desarrollo y en su constitución subjetiva permanezca un año escolar “integrado”, “incluido”, pero no lograr nunca tener siquiera un amigo con quien relacionarse y hacer lazo social?

Justamente, un amigo, para un niño, es un otro que tiene que ver con él con el cual se pone en escena y crea otra. Puede jugar, compartir una experiencia infantil, y entonces es parecido a él. Se identifica con ese otro y nace una relación, una amistad a partir de hacer cosas juntos, construidas sin preguntar por qué se hicieron o qué objetivos o contenidos pedagógicos tienen. ¿Es que hay un modo de enseñar a otro a hacerse amigo, a relacionarse con otros?

F

Entre los amigos, siempre hay un cierto espejo por el cual los pequeños se identifican pero, al mismo tiempo, en la esencia de esa relación hay algo extraño. El otro es también diferente, piensa distinto, tiene otras ideas, se le ocurren actividades o cosas para hacer a partir de las cuales se entretienen los más calidos secretos que no son ni de uno, ni del otro. Pertenecen a ese espacio impar, heterónimo, de la amistad infantil donde cada uno se refleja y se refugia diferente. De éste modo, se funda lo heterogéneo que marca la fragilidad, lo estimulante, y al mismo tiempo lo vulnerable y pasajero de la cultura. La amistad existe por éste doble componente: Por un lado, el espejo en el cual se reflejan e identifican; y por el otro, esa cuota de extrañeza que los hace ser distintos, que causa curiosidad y deseo, pero los incluye en una experiencia compartida, en común, donde se origina y sostiene cualquier amistad, sin la cual no hay integración posible.

La amistad pone en escena la función del amigo desde la más tierna infancia. Pone en juego la diferencia en lo semejante, y lo semejante en la diferencia como don de amor, pues es en la amistad donde, por primera vez, el amor se ubica, se coloca en un otro que no es ya del orden de lo familiar. Es decir, el amigo abre el espacio libidinal del acto social. Apertura a la exogamia, ley de alianza fundamental en la constitución de lo heterogéneo. La heterogeneidad –a decir de Michel De Certeau- quiebra la identidad consigo mismo. Crea lo discontinuo y da lugar a la propia experiencia subjetiva que posibilita pensar.

El semejante, el amigo, al mismo tiempo que le permite identificarse con el otro, y de algún modo desdoblarse en él también, crea la alteridad, la apertura hacia lo desconocido y la curiosidad del afuera que confirma un adentro diferente. ¿Es posible la experiencia y la cultura infantil sin el funcionamiento, el impulso y la heterogeneidad de la amistad?

G

Todo lo expuesto nos recuerda las historias que nos relata Julio Cortázar a través de los cronopios, los famas y los esperanzas, en las Clases de Literatura, dictadas en Berkeley en 1980 (Alfaguara, 2013):

“A los cronopios, como por contraste con los famas, los sentí como lo que realmente eran: Unos seres muy libres, muy anárquicos, muy locos, capaces de las peores tonterías, y al mismo tiempo llenos de astucia, de sentido del humor, una cierta gracia; en tanto vi a los famas como representantes de la buena conducta, del orden, de las cosas que tienen que marchar perfectamente bien, porque sino habrá sanciones y castigos. En el momento en el que se había producido esa disociación, creía que la cosa había terminado y era una simple fantasía mental pero de golpe aparecieron unos terceros personajes que no eran ni cronopios, ni famas, e inmediatamente los llamé esperanzas. (Nunca sabré por qué los llamé esperanzas.) Esos personajes se situaban un poco en la mitad, porque tienen algunas características de los cronopios, en el sentido de que tienden a ser bastante tontos algunas veces: son ingenuos, despreocupados, se caen de los balcones y de los árboles y, al mismo tiempo, al contrario de los cronopios, tienen un gran respeto por los famas... Los esperanzas, por un lado, admiran a los cronopios, pero les tienen mucho miedo porque los cronopios hacen muchas tonterías, y los esperanzas tienen mucho miedo de eso porque saben que los famas se van a enojar.”

Los niños, denominados discapacitados, son “verdaderos cronopios”. Si pueden se rebelan, pelean, fantasean, imaginan, hacen tonterías, juegan con el absurdo y el sinsentido, crean, luchan con todos sus recursos contra aquellos “famas” que les imponen etiquetas, diagnósticos, pronósticos, estigmas, técnicas y presupuestos pedagógicos, técnicos y sociales sin considerar la propia historicidad que los enuncia como sujetos. Están también los “esperanzas”, aquellos que intentan conciliar, acarician tanto a los Famas como a los cronopios, quieren estar bien con todos. Ambivalentes, no pueden decidirse, parecen estar junto a los niños-cronopios, pero inmediatamente se inclinan por las conductas, los objetivos y los estrictos contenidos a desarrollar de acuerdo a los parámetros estandarizados para dicha patología o dificultad, aunque ella sea “no-especificada”.

H

Alejandro cronopio nos mira. No logra guiñarnos un sólo ojo, pero en su mirada logramos encontrarnos. Nos reflejamos en un espacio en eco donde comienza a circular un espejo que se abre a una experiencia diferente. Busca un objeto y me mira, ese gesto ilumina el tiempo compartido. En la complicidad de instante (aquello que los griegos denominan el Kairos como temporalidad singular) devenimos cronopios, nos aferramos a la gestualidad, y sin querer comenzamos a jugar con los rostros, movemos la boca, arrugamos la nariz, inclinamos las cejas, sacamos la lengua, nos reímos de uno en el otro. El juego de los rostros, en la disparidad, nos espeja y lanza a un horizonte cronopio. Allí Alejandro deja de ser síndrome maullido de gato, y constituye una experiencia infantil por fuera de cualquier discapacidad donde un niño cronopio tiene la palabra y constituye su imagen corporal.

Cristian, cronopio, mira al títere pájaro que sostengo en mi mano. Sorprendido, no deja de mirarlo. El títere y Esteban arman el escenario ya que él todavía no puede hacerlo sólo, y rápidamente se mete en escena. Le sorprende el tono de voz del títere, como se mueve, canta, y las cosas que con Esteban hacen para convocarlo. Justamente a él que le cuesta hablar, mirar y jugar con otros, pero ante la demanda de éstos personajes que pueden jugar con él aparece su naturaleza cronopia, y me extiende la mano para tocar, acariciar el títere pájaro que hacía una de sus tiernas travesuras. Es un toque sutil, gestual, lentamente extiende la mano, me mira y toca al pajarito que a su vez extiende ese toque. Se tocan en lo intocable que acaricia una escena, una presencia que sostiene la fantasía cronopia, aquella que sin duda crea otra realidad, donde deja de ser un TGD no especificado a sus sólo dos años.

Juan Carlos había sido, muchas veces, revisado, investigado, para saber qué enfermedad neurometabólica tenía. De tantos toques (como objeto) no quería que nadie lo tocara. Inseguro, aterrorizado y con mucho miedo, casi no podía mirar ni hablar ni jugar, y mucho menos relacionarse con otros. Él quería acercarse, podía intuir su deseo de lanzarme la pelota, dibujar o jugar con un juguete, pero no lo hacía. Lentamente, respetando su tiempo, que no era el cronológico, él comenzó a relacionarse. Pateaba la pelota y, en la escena, se me ocurrió dramatizar el gol. Del movimiento que imprimía la pelota, construía un sentido acorde a lo que él producía en la escena. Cuando tomaba un lápiz o un marcador, el pulso tembloroso delimitaba rayas, trazos, que poco a poco se transformaban en figuras, líneas que pintaban garabatos, que nos decían secretos, cosas magníficas que había que adivinar, relatos que acariciaban figuras. Los papás y los chicos en la escuela también participaban en éstos garabatos que se metamorfoseaban en adivinanzas, imágenes, a descifrar, a averiguar qué querían decir. Juan Carlos cronopio comienza a relacionarse con otros, a dejarse tocar y tocar a otros sin ser un trastorno neurometabólico severo.

I

Los niños cronopios son todos diferentes. No hay uno igual a otro. Y es justamente ésta diferencia lo que los hace ser cronopios pese a los Famas y los Esperanzas que no dejan de procurar incluirlos en sus moldes. Intocables, establecidos y especificados según su dolencia, su discapacidad. La rebeldía de los niños cronopios no tiene fin, se revelan a lo imposible, se exilian de la organicidad y tornan posible lo que hasta ese momento era irrepresentable. Por eso, ellos nunca están en el mismo lugar, se transforman y nos sorprenden siempre y cuando nos demos el espacio para asombrarlos y dejarnos sorprender por ellos. Entonces nos damos cuenta que al jugar, piensan, desglosan la realidad, y al pensar juegan en la experiencia infantil. Puntapié esencial para cualquier historia de cronopios en escena.

Finalmente, Julio Cortazar, acerca de los cronopios nos cuenta:

“Un cronopio encuentra una flor solitaria en medio de los campos. Primero la va a arrancar,
pero piensa que es una crueldad inútil
y se pone de rodillas a su lado y juega alegremente,
con la flor, a saber, le acaricia los pétalos, la sopla para que baile, zumba como una abeja, huele su perfume,
finalmente se acuesta debajo de la flor y se duerme envuelto en una gran paz.
La flor piensa ‘es como una flor’.”

Y en la última fábula, “Tortugas y Cronopios”, nos dice:

“Ahora pasa que las tortugas son grandes admiradoras
de la velocidad, como es natural. Los esperanzas lo saben,
y no se preocupan. Los famas lo saben y se burlan.
Los cronopios lo saben, y cada vez que encuentran
una tortuga, sacan la caja de tizas de colores y sobre la redonda
pizarra de la tortuga dibujan una golondrina.”

¿Seremos capaces de dibujar golondrinas para poner en escena la ficción de volar? Pero para ello tendremos que ser cronopios en nuestra práctica educativa o clínica, pero no todos (Famas y Esperanzas mediante) están dispuestos a realizarlo...

Lic. Esteban Levin

() Lic. Esteban Levin es psicomotricista, psicólogo (psicoanalista), profesor de Educación Física, Director de la Escuela de Formación en Clínica Psicomotriz, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Profesor de la Universidad de Barcelona del Master de Psicomotricidad Terapéutica, Profesor de la Universidad Federal de Fortaleza (Brasil).*